

## cuartillas leídas por alberto sánchez en un homenaje a miguel hernández

Me encontraba una tarde sentado en la terraza de un café de Madrid, con varios amigos y otros que no lo eran. Ya estaba dialogando no recuerdo con quién.

Pues, como íbamos diciendo, y en un momento de este volví la cabeza y me encontré que junto a nuestra mesa había un mozo de pueblo muy tostado de sol, en traje de pana, calzado de alpargatas, y con una carpeta pequeña en la mano.

Yo me quedé mirando y me dije para mis adentros: ¿Qué hará este paleta entre tantos señoritos? En esto llega el escritor José Bergamín y me dice:

—Mira, aquí te presento a Miguel Hernández, un buen poeta.

Y como siempre:

—Tengo tanto gusto en conocerlo. Hombre, a ver si le hacemos un sitio.

Al que estaba sentado a mi lado le dije:

—¿Quiere usted correrse para que se siente este hombre?

Después de una ligera conversación con Bergamín, nos pusimos los dos a dialogar: él, de campos y montes de Ori-

huela, y yo de las tierras y montes de Toledo. Consecuencia de este diálogo fue una invitación que le hice para pasar una tarde por los campos de Vallecas.

A los dos días de este primer encuentro nos vimos andando por los magníficos campos plásticos y nutritivos de Vallecas, pues a medida que íbamos caminando íbamos comiendo espigas de cebada y trigo de la que llevábamos los bolsillos llenos.

De pronto Miguel se para y arranca una planta de la tierra y me la muestra en la palma de la mano:

—¿Esto qué es?

—Esto es un cardillo —dije yo.

—Fue cardillo —dice él. Ahora es carduncha, para últimos de agosto será cardo, y para septiembre dará flor, que pelada con cuidado, se come y tiene el sabor de alcachofa —recargando esta última palabra y empujándola con el pecho para que tuviese mayor fuerza.

Confieso que me quedé un poco molesto por este examen y sin más me metí por un campo de cebada buscando una planta que él no conociera.

Arranqué una y se la mostré.

—¿Esto qué es?

Y tranquilamente se echó a reír:

—Pero hombre, si esta planta es la que da la flor que nosotros llamamos margarita de sol.

Después de esto le propuse subir a los cerros a coger tomillos y a demostrarle que no todos huelen igual.

—¿En tu tierra hay tomillos? —le dije.

Medio ofendido, me contestó:

—¡Pero tú qué te has creído que es mi tierra! En mi tierra seguramente los hay mejores y de olor más penetrante.

—Ten cuidado —le dije—, con lo que dices, que los de aquí crecen en las piedras y entre los cuarzos.

Así es que nos fuimos de cerro en cerro arrancando y oliendo tomillos y llegamos a la conclusión, de que tienen su propiedad particular, según el sitio donde se dan.

